

Faltaba, pues tan solo el reducir algunos rebeldes que aun con las armas en la mano se conservaban en varios puntos. Reunen de nuevo sus tropas Ixcoatl y Netzahualcoyotl, y se dirigen contra Huexutla, cuyo señor era el más obstinado en la defensa. El ejército enemigo salió á su encuentro; pero poco duró la pelea: el héroe de la época, Moctezuma, decide por segunda vez la suerte de su patria, haciendo prisionero en breve al jefe de los contrarios; pérdida que puso á su ejército en vergonzosa fuga. Esta guerra célebre cambió de todo punto la situación de aquellos pueblos: y si los legítimos reyes de Texcoco podían ocupar sin temor el trono que les pertenecía, veían levantarse otro á su lado tan poderoso como el suyo.

Hemos visto, en efecto, resumiendo los acontecimientos hasta aquí referidos, que Tezozomoc, aunque ilegalmente dueño del imperio, partió sus triunfos con el rey de México, dándole nada menos que la misma ciudad de Tezcoco, y cuando la reacción debía ser funesta á sus sucesores, un accidente desgraciado, por lo pronto, cual fué la enemistad de Maxtla con Chimalpopoca, dió copiosos resultados para el bienestar de la nación. Las violencias de Maxtla apartando de su lado á los aliados de su padre los hizo unir á la buena causa, legitimando de este modo los derechos que supieran adquirirse en aquella revolución. Es verdad que Netzahualcoyotl antes de unirse con los mexicanos había despejado por sí gran parte del camino que conducía á su perdido trono; pero hemos visto después cuán activa fué la parte que tuvieron los mexicanos en la feliz conclusión de la empresa, al grado que á su general se debió la victoria de las últimas batallas que decidieron la suerte de los beligerantes. Así, pues, aunque Netzahualcoyotl debía por derecho tomar exclusivamente el mando supremo, las circunstancias referidas colocaron á su nivel á los mexicanos, y los monarcas de Tezcoco y Tenoxtitlán debían partirse el imperio, como en efecto lo acordaron.

Nada les impedía ya hacerlo: pero aun creyeron, y muy acertadamente, que una medida política aseguraría de todo punto la tranquilidad de la nación y la corona en su cabeza. Convinieron en levantar á la dignidad real al señor de Tacuba, Toquihuatzin, pariente de Maxtla, porque como miembro de tan ilustre casa regiría con menos contrarie-

dad á los tepaneques á la vez que muy débil para contrarrestarles, estaba en su interés la buena armonía. Además, aquel señor era digno de su confianza, porque se había mostrado amigo de su partido, aunque secretamente, en la guerra anterior.

Reunidos, pues, todos los señores del imperio, prestaron juramento á los tres reyes (1426) como jefes legítimos del estado y en particular á cada uno como soberano de la parte que en la asignación les tocó. Netzahualcoyotl recibió los títulos de Alcohuia Tecuhtli y Chichimecatl Tecuhtli; aquél porque había restaurado el reino de los alcohuas, que, como dijimos fué el centro principal de la usurpación de Tezozomoc y desde esta época es cuando creemos que conviene á aquellos reyes el nombre de monarcas de Alcohuacan, que se les da generalmente. El de Chichimecatl Tecuhtli era el que habían llevado sus antepasados. Itzcoatl recibió el de Colhua Tecuhtli, aunque vulgarmente se han conocido después sus sucesores con el de emperadores de México, y el de Tacuba llevó el de Tecpanecatl Tecuhtli. Este título ha sido interpretado diferentemente por el de rey ó emperador entre nuestros historiadores.

Los tres monarcas fueron, pues, iguales en dignidad y rango, jurándose perpetua alianza que los obligaba á ayudarse mutuamente en todas las guerras que emprendiesen. Sin embargo, de ciertos tributos sólo recibía una quinta parte el rey de Tacuba, y el resto se dividía en partes iguales entre los de México y Tezcoco. Además, las conquistas que cada uno en lo particular emprendiese, le pertenecían en el todo, como lo demuestran las que hicieron después los mexicanos por sí solos, excediendo los límites de su territorio á los de los otros reyes. Formidable fué, pues, aquella liga para los pueblos de Anáhuac que habían de inclinar ante ella su cabeza, y aquellas tres dinastías reinaron hasta la venida de los españoles sin quebrantar lo pactado.¹

¹ La alianza entre los reyes de México, Tezcoco y Tacuba es un hecho incontestable de nuestra historia. Sin embargo, en los mismos autores que lo refieren se hallan algunas contradicciones, que han dado por resultado erradas ó vagas explicaciones. Ixtlixochitl, hist. Chich. cap. 32, fundándose en las mejores autoridades dice terminantemente: "que los reyes de México, Tezcoco y Tacuba quedaron iguales en rango, en poder y en rentas; recibiendo, sin embargo, el rey de Tacuba una quinta parte de ciertos tributos, y repartido el resto en partes iguales entre los de México y Tezcoco." Con todo, celoso á cada paso de proclamar la supremacía de sus antecesores en Anáhuac, supone más adelante en el

Desde luego, el príncipe Netzahualcoyotl se aplicó á arreglar el desconcierto que reinaba en Tezcoco, relajadas las buenas costumbres y la sabia administración establecida por el buen rey Tlehotlalla. Jamás la tiranía fué elemento de prosperidad para los pueblos, cuando apenas atiende en sus suspicacias á conjurar los fantasmas que forja su mente. Por fortuna del imperio nunca mejor monarca se había sentado en el trono de Xolotl: con la espada había probado su valor Netzahualcoyotl y con el cetro haría ver su sabiduría. Ordenó con el mejor acierto todos los ramos del gobierno, el sistema legislativo y judicial, los consejos y audiencias, la hacienda pública y el ejército. Dió grande impulso al adelanto de las ciencias y de las artes con establecimientos á propósito, y colocó en todos los destinos hombres dignos de obtenerlos. El reparto de tierras que estableció, así como otras muchas de sus instituciones, fueron adoptadas en México y Tacuba.

Desde esta época la historia de aquellos reyes es una serie continua de victorias. Las campañas principales que se citan en tiempo de Netzahualcoyotl en compañía de Itzcoatl

cap. 34 una guerra entre Itzcoatl y Netzahualcoyotl, cuyo resultado fué que México quedase tributario de Tezcoco. Ahora bien: el cronista mexicano Tezozomoc que no quiere menos para su patria que lo contrario (Crónica mexicana MS. de la colección del Sr. García, cap. 19 y 20) diciendo: que Netzahualcoyotl y Alcohuacan, quedaron vencidos y tributarios de México. Tan groseras contradicciones prueban la falsedad de ambos sistemas. Torquemada que pudo hablar con más imparcialidad, explica bien los hechos; mas en el lib. 2, cap. 40 dice: que concertados los tres reyes, una de las condiciones fué que el de Tacuba sólo recibiese la quinta parte de las conquistas, el tercio del resto Netzahualcoyotl y lo que quedaba que era de consiguiente lo más, Itzcoatl, "como cabeza mayor y suprema;" pero las razones que da para fundar esta supremacía nos parecen demasiado débiles, puesto que Netzahualcoyotl, sin disputa, era el único señor legítimo, cuando él por sí mismo se acercaba á recuperar sus derechos, y cuando los que por donación de un usurpador podían alegar sobre Tezcoco el de México, estaban perdidos con la enemistad de otro contra el cual tuvo que pedir auxilio á Netzahualcoyotl. Solo, pues, el resultado evidente cuanto natural de los hechos, y la conformidad posible entre los autores, nos dan el resultado verdadero que hemos procurado explicar. ¿Quién ha de creer, como dice el P. Durán, que los texcucanos se sometieran voluntariamente al rey de México; pero que vergonzosos de lo que pudieran decir por esto las naciones vecinas presentaron un simulacro de batalla en que se fingieron derrotados y vencidos? Es sabido que el valor era el mérito supremo de aquellos pueblos y que por menos motivo tenían de sangre los campos y asolaban poblaciones enteras. El mismo padre Durán, sin embargo, que en esto no seguía sino una relación mexicana que, según se dice, iba traduciendo, nos explica el por qué de todos estos embustes, diciendo: que prescindió de escribir la historia de otros pueblos, porque en la más miserable estanzuela donde llegaba le referían haber sido los más antiguos, únicos y supremos señores de Anáhuac. Por lo que toca á Clavijero no ha hecho más que repetir lo de Torquemada.

y su sucesor Moctezuma I, así como el de Tacuba, Tototihuatzin, fueron contra Coyoacán, Atlacuihuayan, Huitzilopoches, Xochimilco, Cuitlahuac, Quahunahuac, Quauh-titlán, Toltitlán, Chalco, Huastepec, Yautepec, Tepoxtlán, Yacapixtla, Totolapan, Quilapan, Coaixtlaahuacan, Tuchtepec, Tzapotlán, Cutzamaloapan, Quahtocho y otras.

Estas prosperidades fueron sólo interrumpidas por una grande inundación que hubo en México al décimo año del reinado de Moctezuma I (1446) que se reparó en lo posible con los consejos de Netzahualcoyotl, y en los años siguientes habiéndose perdido los sembrados, sufrió el imperio todos los horrores del hambre.

Después del reinado más célebre que tuvo Tezcoco, murió Netzahualcoyotl (1470) seis años después que su compañero de glorias Moctezuma I. Hemos dicho los arreglos que aquel ilustre monarca hizo en el gobierno de su imperio, y cuáles fueron sus esfuerzos para promover entre sus vasallos los adelantos intelectuales. Conoció y perfeccionó por sí mismo cuanto pudo las artes y las ciencias, cultivó la poesía, adelantó por su propia observación la astronomía, y fué distinguido por su saber en el conocimiento de las plantas y de los animales. Su espíritu profundo, cual otros genios que han brillado en medio de las tinieblas del politeísmo, reconoció la existencia del Dios único, y sólo en público y con repugnancia, mas por política, permitía los sacrificios humanos y la adoración de los falsos dioses. En su tiempo se levantaron los más suntuosos edificios que había tenido Tezcoco. Su saber lo rodeó en todo el imperio de un aire tan respetable, que era consultado para los más árdulos negocios, y sus sentencias se conservaban como irrefragables profecías.

Netzahualpilli su hijo, ocupó con dignidad el trono de su padre cuyas huellas siguió. Introdujo nuevas mejoras en la legislación y administración de justicia, modificando algunas leyes de su antecesor demasiado severas; construyó nuevos edificios, y apasionado también por el estudio, se aplicó con igual buen resultado para sí y para su nación. Su época y la de su antecesor fueron la edad de oro del imperio texcucano.

Las campañas más notables que los aliados hicieron en su tiempo, fueron contra el señor de Xochimilco, los ma-

tlazincas, huejotzingos, Cuautla, Tehuantepec, Quetzalapan y otros lugares. Tlaltelolco fué también reducido en su época, reinando Axayacatl en México á cuya corona se agregó. En su tiempo sufrió el imperio por segunda vez los horrores del hambre por haberse perdido las sementeras.

Netzahualpilli se distinguió en los primeros años de su vida por su valor: pero en sus últimos días, fatigado con la edad se retiró de los combates. Murió de una manera misteriosa (1516) según se cuenta, encargando que ocultasen la noticia de su muerte. Sea como fuere, no señaló heredero al tiempo de morir, y tal circunstancia fué funestísima para sus sucesores.

Los electores creyeron que debía recaer la corona en Cacama, pues sobre ser el primogénito de la mujer legítima de Netzahualpilli, su valor y prudencia lo hacían digno de la confianza pública. Empero había entre sus hermanos uno llamado Ixtlilxochitl que, aunque muy joven todavía, se había hecho siempre notable por su genio turbulento y emprendedor. Desde luego se opuso vivamente á la elección de Cacama, dando por principal motivo, que Moctezuma II, rey entonces de México, lo dominaba completamente, y que devorado de ambición, sólo esperaba verlo en el trono para hacer de él su voluntad y apoderarse del imperio. No era sin embargo, sino la propia ambición suya, el móvil de sus palabras; pero en vano declamó, y marchando Cacama á México halló luego la poderosa protección de Moctezuma, que era su tío.

Entonces Ixtlilxochitl se retiró con sus partidarios á las montañas de Meztitlán, que presto insurreccionó, y á la cabeza de un ejército avanzó hacia Tezcoco cuando se preparaban las fiestas para la solemne coronación de Cacama. En su tránsito respetó los lugares adonde era bien recibido; pero en Otompan que se le opusieron con las armas usó de las suyas, derrotó á los que se le oponían y se hizo dueño de la ciudad. No quiso empero avanzar de aquel punto, fortificóse lo mejor que pudo y dió orden para que á ninguna persona se molestase. Su posición lo hizo pues tan respetable, que al fin Cacama le envió una embajada ofreciendo partir el imperio con él á trueque de la paz y del bien público; proposición que se llevó á cabo, quedándose Caca-

ma con la capital y los estados de la llanura y dando á Ixtlilxochitl el resto.

El inquieto príncipe tuvo sin embargo su ejército en continuo movimiento, provocando á Moctezuma, con cuyas tropas vino algunas veces á las manos con vario suceso. Tales diferencias preparaban sin saberlo la tumba en que se iban á hundir en breve aquellas naciones. En efecto, en aquella época aparecieron en Anáhuac los conquistadores españoles, y el traidor Ixtlilxochitl, uniéndose con los enemigos de su patria, contribuyó á sus triunfos, esperando en las vanas promesas de los que venían á destruir sus hogares. No así Cacama, que dió á su patria uno de sus últimos momentos de gloria, mientras que el débil Moctezuma cubría con un negro baldón las hazañas de sus antepasados. Apoderado Cortés de este rey degradado, le propuso Cacama la libertad que conseguiría con el valor de sus súbditos, y cuando se preparaba para dar un terrible golpe al puñado de aventureros que pisaban la gran Tenoxtitlán, el pérfido Moctezuma logró apoderarse de él á traición, y puesto en manos de sus enemigos y reducido á prisión, sólo salió de ella para morir en la precipitada fuga que emprendieron los españoles en la famosa *noche triste*. Desde el momento que fué aprehendido, Moctezuma y Cortés pusieron en el trono de Tezcoco á Cuicuitzcatzin (1520) su hermano, quien fué llevado á aquella ciudad entre danzas y fiestas tan efímeras como su reinado que duró unos cuantos días. Arrojadados los españoles de México en la misma jornada que murió Cacama, los acompañó Cuicuitzcatzin hasta Tlaxcala, donde no pudiendo sufrir su opresión ó deseo de recobrar el trono huyó á Tezcoco. Empero, libre aquella ciudad había tomado el cetro otro de sus hermanos, Coanocotzin, á quien de derecho pertenecía, y creyendo al recién venido, espía de los españoles, ó viendo en él un rival, lo mandó matar con acuerdo del nuevo rey puesto en México.

Coanacotzin fué, pues, el último rey de Tezcoco; en su tiempo los españoles se apoderaron de todo el imperio, y cuando el nombre de cristianos de que se preciaban, y no ya la fe de caballeros debía haber sido para el rey que quedó cautivo, la mejor garantía, Cortés, el jefe de los conquistadores lo hizo ahorcar cuatro años después de la conquista (1525) en compañía del último rey de México Quahute-

motzin y del de Tacuba, viajando hacia la provincia de Comayahua. Una conversación que tuvieron sobre sus desgracias é infundadas sospechas fueron bastante motivo para la sentencia que se ejecutó siendo ya cristianos aquellos tres desgraciados monarcas. No contamos á Ixtlilxochitl entre los reyes de Tezcoco, porque sólo fué ya un gobernador dependiente de los españoles.

III

Fácil será comprender con lo que hemos dicho en las líneas anteriores, cuál fué el origen de la civilización tezcucana. La unión con los ilustrados toltecas y una sucesión de príncipes excelentes, rara en la historia, puso presto á aquella nación al alcance de todos sus conocimientos. Si México ha merecido por la fuerza de sus armas el renombre de Roma de Anáhuac, el de la Atenas occidental conviene á Tezcoco. Ella fué el centro del saber en aquellos países; sus colegios los más frecuentados por la juventud noble de los tres reinos; los poetas, oradores, artistas y hombres científicos de las tres potencias aliadas concurrían á disputarse allí el triunfo del saber. Los palacios, jardines y templos de Tezcoco rivalizaron bajo ciertos aspectos, sobrepusieron en otros á los de su poderosa amiga la gran Tenochtitlán.

La religión de los tezcucanos difirió de la de los toltecas, como entre los mexicanos, cuyos errores todos siguieron. Reconocían la existencia de un Ser Supremo y Todopoderoso; pero ofendiendo su idea con la invención de mil númenes que invocaban en todas sus necesidades. Huitzilopochtli, dios de la guerra; Quetzalcoatl, dios de los vientos y Tlaloc, de las aguas, eran los más venerados. Empero, el peor tributo de amistad que los mismos toltecas les rindieron y exageraron en su unión con los mexicanos, fué esa horrible práctica de los pueblos antiguos, que tanto ha dado que pensar á los filósofos: los sacrificios humanos que en México llegaron al más alto grado de exacerbación que se cuenta en los anales de los extravíos humanos. En vano Netzahualcoyotl y su sucesor odiaron esas aberraciones; tenían que luchar con el error de los espíritus, que apenas se destruye lentamente con el curso de los siglos.

La inmortalidad del alma fué un dogma admitido en aquellos pueblos, así como el de las penas y recompensas futuras. Háse creído, sin embargo, por un error bien general, que según sus creencias, sólo los que morían en el campo de batalla ó de ciertas enfermedades, se escapaban de ir á un lugar tenebroso, que en su sistema sicológico corresponde al infierno. Empero, tal injusticia sólo ha existido en la mente de los que han entendido mal su sistema. Tanto los tezcucanos como los mexicanos creían que la muerte en campaña *purificaba* las almas y pasaban sin obstáculo á las regiones de gloria que ponían junto al sol; mas también las almas de todos los justos encontraban allí cabida.¹ Al morir de ciertas enfermedades, creían tener también una compurgación de sus culpas, y las almas de éstos iban á un jardín delicioso donde pasaban una vida tranquila. Los malos iban á un lugar de castigo donde sufrían más ó menos penas, según sus culpas.

La clase sacerdotal era en Tezcoco como en México, la más respetada, y era el foco de cuanto bueno y malo tenía aquella sociedad. Fomentadores de un horrible culto, eran por otro lado la parte más sabia de la nación; cuidaban de la educación de los jóvenes, conservaban por medio de la escritura jeroglífica su historia y sus conocimientos, cultivaban la poesía, observaban los astros, y de sus rentas, todas donativos voluntarios del pueblo devoto y de los reyes, repartían entre los pobres lo que sobraba de los gastos del culto. Una moral pura y generosa que aun se ha querido comparar en algunas máximas con las del Evangelio, enseñaban en las escuelas. Ellos daban el ejemplo cumpliendo con el más estricto fanatismo todas las reglas y leyes que su religión les prescribía. Frecuentemente los religiosos españoles los ponían de ejemplo á sus compañeros y asimismo para excitarse en la práctica de sus estrechos ayunos y penitencias. No menos bien señalada estaba su je-

¹ «Bien pensaban estos mexicanos que las ánimas eran inmortales y que *penaban ó gozaban según vivieron*» dice Gomara, pág. 439 (Madrid 1852.) El sacerdote azteca decía pidiendo á Dios auxilio contra la peste: «La muerte tiene hambre y sed de tragar á cuantos hay en el mundo....., entonces todos serán castigados conforme á sus obras.» Sahagun, lib. 6, cap 1; véase además el cap. 7 del mismo; á Camargo, Hist. de Tlaxcala MS. de la colección del Sr. García, tom. 11, pág. 153; Gama, descripción de las dos piedras, pág. 44. Basten estas citas, pues necesitaríamos una larga disertación para explicar el sistema sicológico de los mexicanos muy mal entendido hasta ahora.